

Chascon contra Taurón

EL RAPTO de la PRINCESA



Chascon

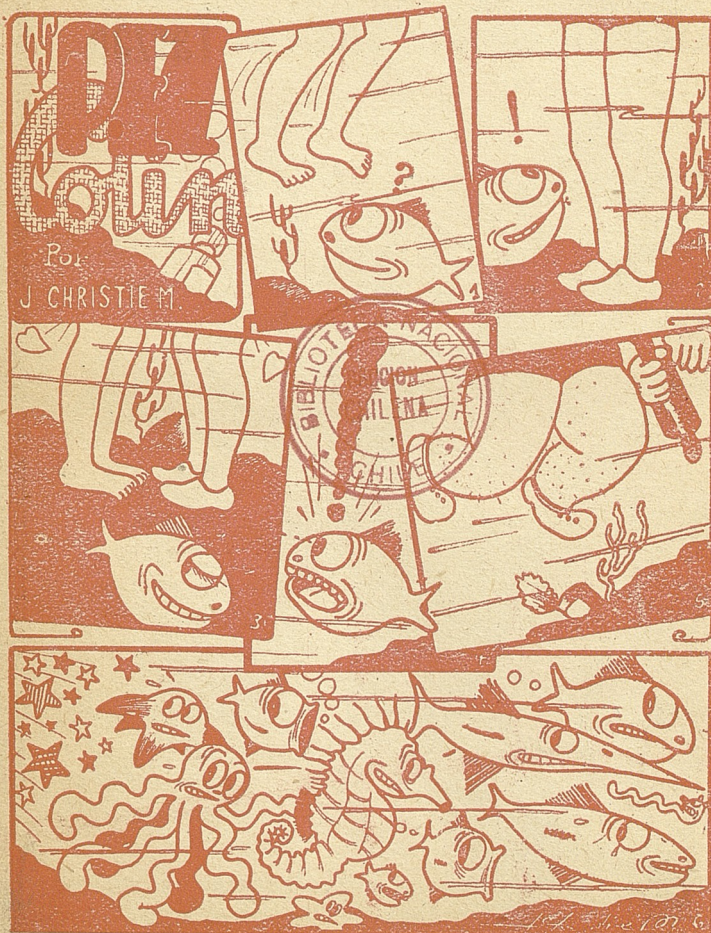
Revista infantil

Nº18
Año 1



Redacción y Administración: Agustinas 1639. —Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



A veces, los pescaditos se divierten, capitaneados por el pez Colin. Otras veces pasan tremendos sustos.



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 18

Tarzán despertó en el hospital después de su derrota. Abrió un ojo, el único que le quedaba descubierto entre las vendas, y murmuró tristemente:

—¡Una vez más este maldito Chascón me ha vencido! ¿Qué haré para poder vengarme de una vez por todas?... ¡Lo odio con todo mi corazón!

Tarzán volvió a cerrar el ojo y se pasó inmóvil varias horas. Las enfermeras le curaban cuidadosamente, sin que Tarzán les dirigiera la palabra. Pensaba, todo el tiempo, en una venganza cruelísima.

Pasaron algunos días. Tarzán había resuelto fugarse del hospital. De manera, pues, que aprovechó un descuido de las enfermeras para levantarse, vestirse de prisa, de cualquier manera, y largarse por una ventana hacia el jardín. Una vez allí, miró hacia todos lados. No lejos, aparecía un ancho camino.

—Por ahí me iré — dijo Tarzán.

Y sin pensarlo de nuevo, echó a andar

por el camino. Comenzaba a obscurecer. Nadie transitaba por aquellos lados. Le fué muy fácil, pues, a Tarzán, alejarse con rapidez, sin ser visto.

Anduvo muchas horas. Varias veces tuvo que sentarse a descansar, en medio del campo. Después reanudaba su viaje, deseoso de llegar cuanto antes al sitio que se proponía. Este sitio no era otro que la montaña en que vivía, en compañía de sus secuaces, el feroz bandido "Puño de Hierro", así llamado a causa de la fuerza terrible de sus brazos.

Cuando, al amanecer siguiente, vió — lejos todavía — la montaña en que habitaba Puño de Hierro, dió un suspiro de satisfacción.

— ¡Al fin se aproxima mi venganza! — exclamó. ¡Ahora va a saber Chascón lo espantoso que es tenerme por enemigo!

Apenas se encontró en presencia de Puño de Hierro, le contó su aventura y le dijo en seguida:

— Para ti, Puño de Hierro, esto puede ser un ~~excelente~~ excelente negocio: se trata de que nos robemos a la Princesa de los Diamantes. Ya verás lo bien que nos va a ir, si lo conseguimos.

A Puño de Hierro le brillaron dos dientes de oro y uno de plata, cuando abrió la boca en una carcajada estruendosa.

— Está muy bien — dijo Puño de Hierro. Te aseguro, Tarzán, que lo que me propones está muy, muy, muy bien... Nos robaremos a la Princesa y seremos ricos...

(En las páginas centrales continúan estas estupendas hazañas. No deje de leerlas).

El pescador y la ambiciosa

Un pobre pescador vivía con su mujer en una cabaña a orillas del mar. El pescador iba todos los días a echar el anzuelo, y le echaba sin cesar para sacar alguno que otro pescado.

Estaba un día sentado junto a su caña, mirando y remirando el agua cristalina, cuando de repente vió hundirse el anzuelo y bajar hasta lo más profundo, y al sacarle tenía en la punta un pez muy grande, que le dijo:

—Te suplico que no me quites la vida; no soy un pez verdadero, sino un Príncipe encantado: ¿de qué te serviría matarme, si yo no puedo tener buen sabor? Echame al agua y déjame nadar.

—Anda — dijo el pescador —; no necesitabas tantas palabras, pues de todas maneras no me habría hecho gracia comerme a un pescado que sabe hablar.

Lo echó al agua y el pez se fué a fondo, dejando tras de sí una larga huella de sangre, producida por la herida del anzuelo.

El pescador se fué a la cabaña, donde le esperaba su mujer.

—Marido mío — le dijo ésta —: ¿no has cogido hoy nada?

—No — contestó el marido —; únicamente cogí un pez, que me dijo que era un Príncipe encantado, y le dejé nadar lo mismo que antes.

—¿No le has pedido nada? — replicó la mujer.

—No — dijo el marido—: ¿qué habría de pedirle?

—¡Ah! — respondió la mujer —; ¡es tan triste vivir siempre en una choza tan sucia y asquerosa como ésta! Hubieras debido pedirle una casa bonita; vuelve y llama al pez; dile que quisiéramos tener una casa bonita; si él es agradecido, te la dará de seguro.

—¿Para qué he de volver? — dijo el marido—. No me atenderá.

—Sí — dijo la mujer—. ¿No le has cogido y dejado como antes? De seguro te lo dará. Vete en seguida, y no me contradigas; ya sabes que me gusta que se haga mi voluntad.

El marido no quería ir, pero tampoco se atrevía a contradecirla, y se fué. Cuando llegó al mar, estaba éste verde y amarillo; se acercó al agua y llamó al pez, diciendo:

—Mi mujer quiere lo que yo no quiero.

El pez vino nadando, y dijo:

—¿Qué es lo que quiere?

—¡Ah! — repuso el hombre—. Mi mujer sostiene que hubiera debido pedirte algo. No quiere vivir en cabaña; quisiera una casita.

—Puedes volver — le dijo el pez — pues ya la tiene.

Volvió el marido, y observó con gran sorpresa que su mujer no estaba ya en la choza, sino en una bonita casa, y la encontró a la puerta sentada en un banco. Le cogió de la mano, y le dijo:

—Entra y mira. ¡Cuánto mejor es esto!

Entraron y hallaron dentro de la casa una bonita sala y una alcoba, con su lecho; un comedor y una cocina muy reluciente. Detrás había un corral con gallinas y patos, y una huerta con verduras y frutas.

—¿Ves? — dijo la mujer — ¿qué bonito es esto?



Sacó del mar un pez muy hermoso.

—Sí — dijo el marido—; si nos dura siempre, seremos muy felices.

—Ya veremos lo que nos conviene más — replicó la mujer.

Después comieron y se acostaron.

Siguieron así durante quince días; pero, al fin, dijo la mujer:

—Escucha, marido mío; esta casa es demasiado estrecha, y el patio y el huerto son tan pequeños... El pez hubiera debido darnos una casa mucho más grande. Yo quisiera vivir en un castillo de piedra.

—Vaya, mujer — replicó el marido—; esta casa es bastante buena para nosotros. ¿De qué nos serviría vivir en un castillo de piedra?

—Vete — dijo la mujer—; el pez puede muy bien hacerlo.

—No, mujer — replicó el marido—; el pez nos ha dado esta casa; no quiero volver; temería importunarle.

—Anda — insistió la mujer—, puede hacerlo, y lo hará.

El marido sentía en el alma verse precisado a hacer aquello, y no tenía mucha prisa, pues se decía: “No me parece bien”; pero obedeció, sin embargo.

Cuando llegó cerca del mar, sus aguas tenían color gris, violeta y azul oscuro, y se iban hinchando; no estaba verde y amarillo como la vez primera, pero todavía tranquilo. El pescador se acercó, y dijo:

—Pez del mar: mi mujer quiere lo que yo no quiero.

—¿Pues qué quiere? — dijo el pez.

—¡Ah! — contestó el marido medio turbado—. Quiero habitar un castillo de piedra.

—Vete — replicó el pez—; la encontrarás a la puerta.

Marchó el marido, pensando volver a su casita; pero



Cuando volvió, se encontró con un bellissimo castillo.

cuando llegó, vió en su lugar un gran palacio de piedra.

Su mujer se hallaba en lo alto de la escalera, e iba a entrar ya.

Le cogió de la mano y le dijo.

—Entra conmigo, y verás lo que es bueno.

El pescador la siguió.

Tenía el palacio un inmenso vestibulo, cuyas paredes eran de mármol; numerosos criados abrían las puertas; las paredes resplandecían, cubiertas de hermosos tapices; las si-

llas y las mesas de los aposentos eran de oro; pendían de los techos arañas de cristal, y tenían alfombras todas las habitaciones; las mesas estaban cargadas de los vinos y manjares más exquisitos, hasta el punto que parecía iban a hundirse bajo su peso.

Detrás del palacio, había un patio muy grande, con establos para las vacas y caballerizas para los caballos, y magníficos coches.

Tenía además el palacio un grande y hermoso jardín con las flores más hermosas, y árboles frutales, y, por último, un parque de media legua de largo, donde se veían ciervos, corzos, liebres y cuanto se pudiera desear.

—¿No te parece muy hermoso todo esto? — dijo la mujer.

—¡Oh, sí! — repuso el marido—. Quedémonos aquí, viviremos muy contentos.

—Ya reflexionaré lo que más nos convenga; tú, calla, y déjame hacer — dijo la mujer. Y se fueron a acostar.

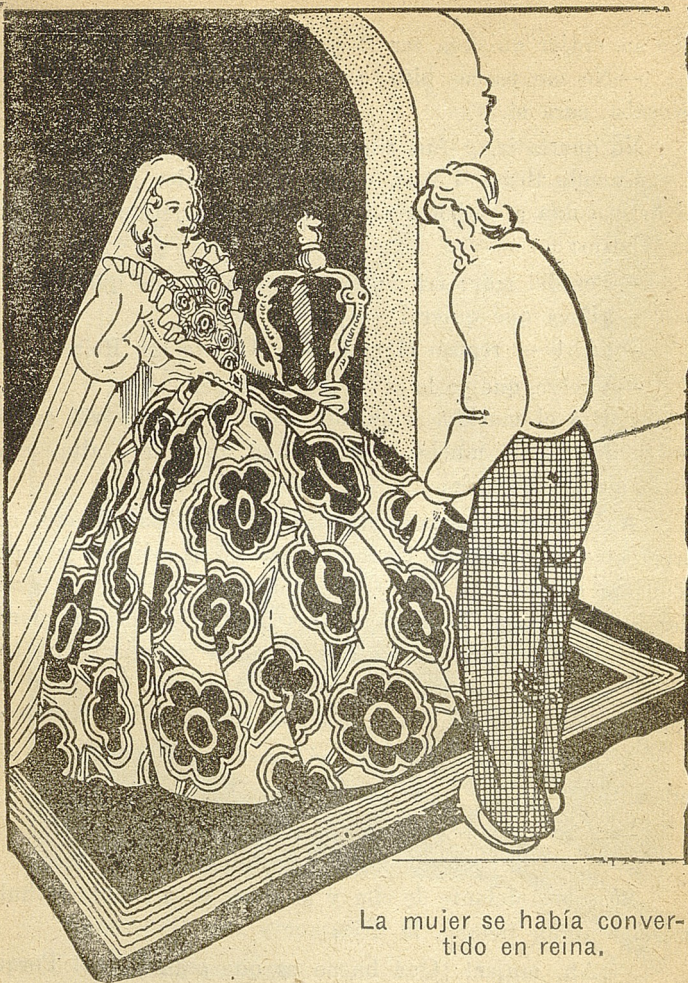
A la mañana siguiente se despertó la mujer y vió desde su cama la hermosa campiña que se ofrecía a su vista; el marido siguió durmiendo; dióle ella con el codo, y le dijo:

—Marido mío, levántate y mira por la ventana. ¿Ves? ¿No podíamos llegar a ser Reyes de todo este país? Corre a buscar al pez y seremos Reyes.

—¡Ah, mujer! — repuso el marido—. ¿Para qué queremos ser Reyes? Eso no trae más que quebraderos de cabeza. Yo no tengo ganas de serlo.

—Pues si tú no quieres ser Rey — replicó la mujer — yo quiero ser Reina. Ve a buscar al pez y pídeselo, que no te lo negará.

—¡Ah, mujer! — insistió el marido—. ¿Para qué quieres ser Reina? Yo no me atrevo a decirle eso.



La mujer se había convertido en reina.

—¿Y por qué no? — dijo la mujer—. Ve al instante; es preciso que yo sea Reina.

El marido se fué, pero estaba muy apesadumbrado de

que su mujer quisiera ser Reina.

—No me parece bien; esto va siendo tentar a Dios — pensaba para sí.

No quería ir, y fué, sin embargo.

Cuando llegó al mar, estaba de un color gris negro, y el agua subía a borbotones y tenía un olor fétido; se adelantó, y dijo:

—Pez del mar: mi mujer quiere lo que no quiero yo.

—¿Pues qué quiere? — dijo el pez.

—¡Ah! — repuso el marido—. Quiere ser Reina.

—Vuelve, que ya lo es — replicó el pez.

Partió el marido, y cuando llegó al palacio vió que se había agrandado mucho, y tenía una torre muy alta, magníficamente decorada.

A la puerta había centinelas y muchos soldados con trompetas y tambores. Cuando entró en el edificio vió que todo era de mármol y oro, con tapices de terciopelo y grandes borlas de oro. Le abrieron las puertas de la sala donde la corte estaba reunida, y vió a su mujer sentada en un trono de oro y diamantes, llevando en la cabeza una gran corona de oro y en la mano un cetro de oro y piedras preciosas.

A los lados tenía colocadas, en fila, seis doncellas. Se adelantó, y dijo:

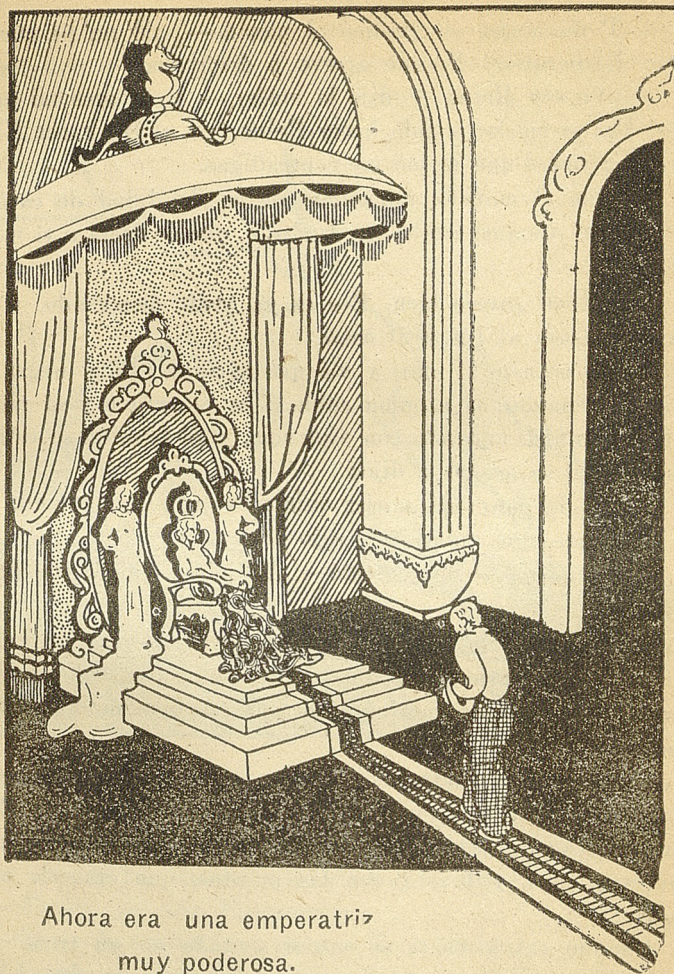
—¡Ah, mujer! ¿Ya eres Reina?

—Sí — le contestó—, ya soy Reina.

Se colocó delante de ella y la miró, y en cuanto la hubo mirado algún tiempo, la dijo:

—¡Ah, mujer! ¡Qué bueno es que seas Reina! Porque ya no tienes nada que desear.

—¡Ay, marido mío! — contestó la inquieta mujer—, ¡Hace tanto tiempo que soy Reina, que quiero ser mucho



Ahora era una emperatriz
muy poderosa.

¡más!. Ve a buscar al pez y dile que ya soy Reina, pero es
preciso que sea Emperatriz.

—Pero, mujer — replicó el marido—, ¡si no' te puede hacer Emperatriz! No me atrevo a decírselo.

—¡Yo soy Reina — dijo la mujer — y tú eres mi marido! Ve; si me ha podido hacer Reina, me podrá hacer Emperatriz: tienes que ir; no me contradigas.

Se fué el marido, renegando de su debilidad de carácter; pero al alejarse estaba tan turbado, que se decía a sí mismo:

—No me parece bien. Eso es ya pedir demasiado, y el pez se cansará al fin y al cabo.

Llegó en esto al mar, y vió que el agua estaba negra y se iba hinchando; la espuma subía a la superficie y el viento la levantaba soplando con violencia, y el hombre se estremeció; pero se acercó y dijo:

—Pez del mar: mi mujer quiere lo que yo no quiero

—¿Pues, qué quiere? — dijo el pez.

—¡Ah, pez! — le contestó—. Mi mujer quiere ser Emperatriz.

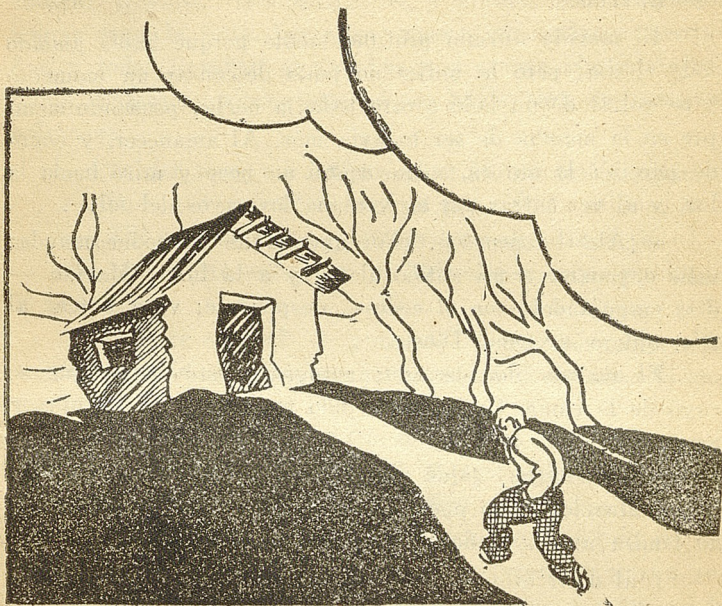
—Vuelve — le dijo el pez—; lo es desde este instante.

Volvió el marido, y cuando llegó, todo el castillo era de mármol pulimentado, enriquecido con estatuas de alabastro y adornos de oro.

Delante de la puerta andaban los soldados tocando trompetas, timbales y tambores; en el interior del palacio los Barones, los Condes y los Duques iban y venían como si fueran simples criados, y le abrieron las puertas, que eran de oro macizo.

Cuando entró, vió a su mujer sentada en un trono de oro de una sola pieza y de más de dos leguas de alto. Llevaba una enorme corona de oro de tres varas de alto, guardada de brillantes y piedras preciosas; en una mano tenía el cetro y en la otra el globo imperial; a los lados estaban

los guardias en dos filas, de toda clase de estaturas, desde el gigante más grande, de cuatro metros de altura, hasta el más pequeño enano, del tamaño del dedo meñique.



En castigo, se encontró otra vez con su antigua choza.....

Delante de ella había muchos Príncipes y Duques; el marido avanzó por en medio de ellos, y la dijo:

—Mujer, ya eres Emperatriz.

—Sí — le contestó—; ya soy Emperatriz.

Entonces se puso delante de ella y comenzó a mirarla, y después de contemplarla un rato, dijo:

—¡Ah, mujer! ¡Qué buena cosa es ser Emperatriz! Ya estarás contenta. ¿Qué más puedes desear?

—Ya lo veremos — contestó la mujer.

Se acostaron los dos, pero ella no estaba aún contenta; su ambición no le dejaba dormir, pensando siempre en ser todavía más.

El marido durmió profundamente porque había andado todo el día; pero la mujer no pudo descansar un momento y se volvía de un lado a otro toda la noche, pensando siempre en la manera de ser todavía más. Al amanecer, y cuando percibió la aurora, se incorporó un poco y miró hacia la luz, y al ver entrar por su ventana los rayos del sol...

—¡Ah! — pensó—. ¿Por qué no he de poder mandar salir o ponerse a mi antojo al sol y a la luna? Marido — dijo empujándole con el codo—, despiértate; ve a buscar al pez: quiero ser como Dios.

El marido dormía aún; pero se asustó tanto, que se cayó de la cama. Creía haber oído mal; se frotó los ojos y preguntó:

—¡Ah, mujer! ¿Qué dices?

—Marido: si no puedo mandar salir al sol y a la luna, no tendré una hora de tranquilidad en toda mi vida.

Y al decir esto lo miró con tal ceño, que el pobre hombre se estremeció de espanto.

—Ve al instante; quiero ser como Dios.

—¡Ah, mujer! — dijo el marido arrodillándose a sus pies—. Piensa bien lo que haces; el pez no puede hacer eso; ha podido muy bien hacerte Reina, Emperatriz; pero te ruego que te contentes con esto.

Entonces ella se enfureció tanto con su marido, que le dió un puntapié, gritando:

—No puedo, no quiero soportarte más; vete al instante.

El marido se vistió rápidamente y echó a correr fuera de sí.

Pero la tormenta rugía de tal modo, que las casas y los árboles se caían, las montañas temblaban y las rocas, hechas pedazos, rodaban con violencia al mar, y el cielo estaba tan obscuro, tronaba, relampagueaba, y el mar levantaba olas negras como la tinta, tan altas como campanarios y montañas, y todas llevaban en su cima una corona blanca de espuma. Púsose a gritar, pues apenas podía oírse sus propias palabras:

—Pez del mar, mi mujer quiere lo que yo no quiero.

—¿Pues qué quiere? — dijo el pez.

—¡Ah! — contestó—. ¡Quiere ser como Dios!

El pez, al oír esto, pegó un brinco tremendo, que asustó al pescador.

—¿Qué te sucede? — preguntó el pobre hombre. ¿Te has horrorizado, tal como yo me horroricé al escuchar lo que mi mujer me pedía?

—Por cierto — respondió el pez, con voz muy ronca. Estoy completamente horrorizado. ¿Cómo pudo ocurrirle a tu mujer semejante cosa? El castigo que le daré es muy grande. Vuelve a tu casa y la encontrarás, como en un comienzo, en una miserable choza. Y no regreses más a pedirme nada, porque no acudiré a tu llamado, aunque me lo supliques con lágrimas en los ojos. Al fin y al cabo, un hombre tiene que hacerse respetar siquiera un poco.

Dijo esto el pez y desapareció para siempre en el mar.

El pescador volvió a su casa y encontró a su mujer llorando. Estaba de nuevo en una choza. Toda su grandeza, toda su elegancia habían desaparecido.

Entonces le dijo el pescador sentenciosamente:

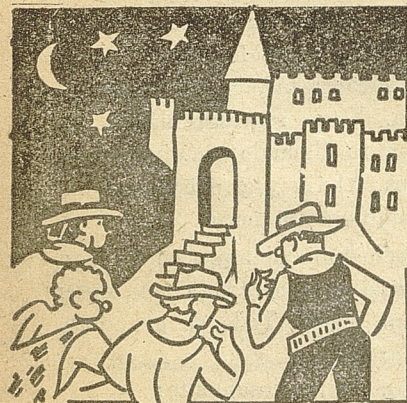
—Has de saber, mujer mía, que el que mucho abarca poco aprieta. A causa de tu ambición sin medida, otra vez estamos en la miseria. No nos queda sino resignarnos.



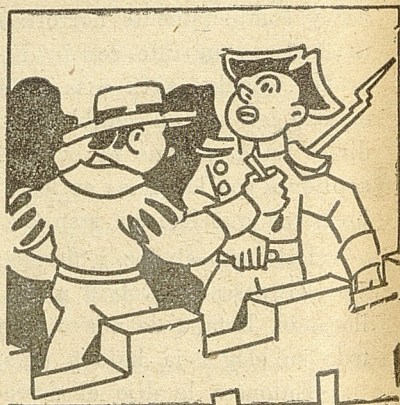
1.—Puño de Hierro, hombre sanguinario como ninguno, escuchó a Tarzán y le prometió su ayuda.



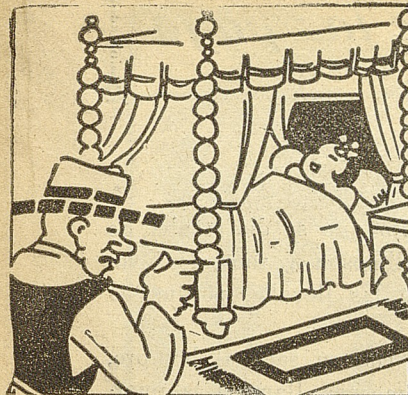
2.—Salió a la puerta de su cueva, hizo sonar un cuerno y por todos los caminos aparecieron los bandidos que estaban bajo sus órdenes.



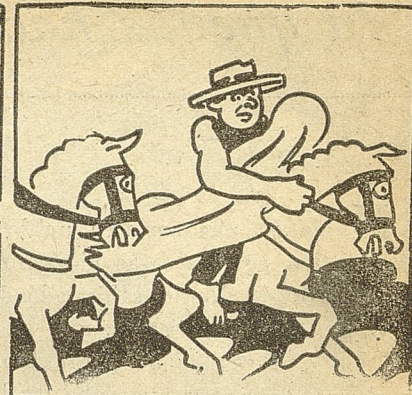
3.—Puño de Hierro esperó la noche para salir con sus partidarios hasta el palacio del Rey.



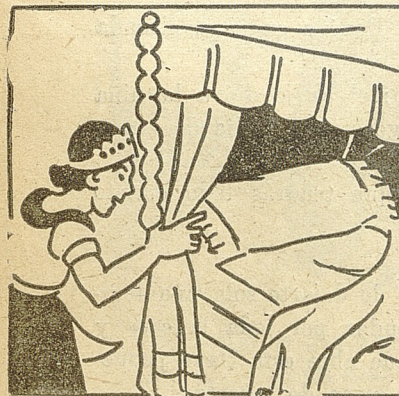
4.—Un soldado que quiso dar la alarma, fué derribado por el puñal del bandido. Todo estaba en completo silencio.



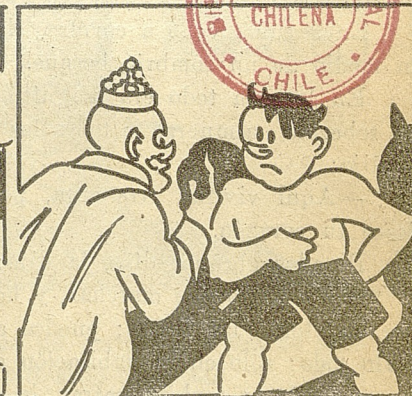
5.—Puño de Hierro entró a la alcoba de la Princesa, que estaba durmiendo, y la sacó envuelta en una sábana.



6.—En seguida, los bandidos huyeron con su prisionera. Iban a caballo y galopaban velozmente.



7.—A la mañana siguiente, la camarera de la Princesa dió un grito al ver que el cuarto estaba vacío.



8.—El Rey, al saber la noticia, lloró amargamente. Después hizo llamar a Chascón y le contó lo sucedido.

¿Qué harán los bandidos con la Princesa? ¿La matarán?

El que las hace las paga

Había en una comarca un brujo que se disfrazaba de pobre e iba por las casas pidiendo limosna y robando jóvenes hermosas. Nadie sabía adónde las llevaba, porque no volvían a aparecer jamás.

Un día, vestido de pordiosero, con su saco al hombro, en el que al parecer guardaba las limosnas, llamó a la puerta de un hombre que tenía tres hijas muy bonitas.

Pidió un poco de comida, y al salir la mayor para alargarle un pedazo de pan, sólo con tocarla la obligó a meterse en el saco.

En seguida echó a correr y la llevó a su casa, situada en medio de un sombrío bosque.

En la casa todo era magnífico; el brujo dió a la niña un soberbio almuerzo y todos los goces que podía desear, y la dijo:

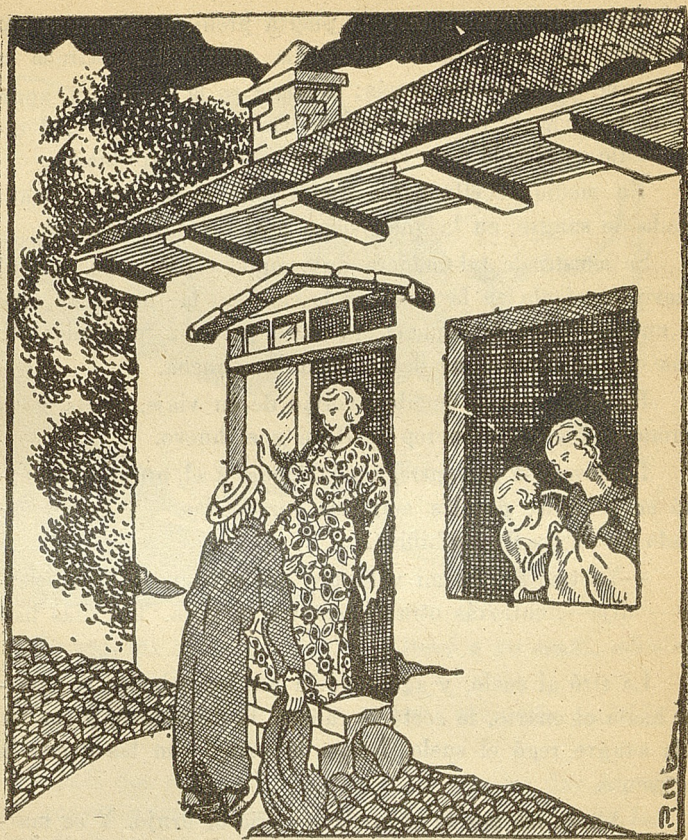
—Aquí vivirás contenta, porque tendrás todo cuanto desee tu corazón.

Pasados algunos días, la dijo:

—Me tengo que marchar, y he de dejarte sola una temporada: toma las llaves; puedes andar por toda la casa y verlo todo: sólo en la habitación que abre esta llave pequeña es donde te prohíbo entrar, bajo pena de muerte.

Al mismo tiempo la dió un huevo, y dijo:

—Guárdame cuidadosamente este huevo, y llévalo siempre contigo, porque si se perdiese, sucedería una desgracia muy grande.



El brujo se disfrazaba de mendigo, e iba de casa en casa pidiendo limosna.

La joven tomó la llave y el huevo y prometió cumplir fielmente sus órdenes.

En cuanto el brujo se marchó, visitó la casa de arriba abajo: las habitaciones estaban cuajadas de plata y oro.

Al fin llegó también a la puerta prohibida, y quiso pasar; pero la curiosidad no la dejaba tranquila. Miraba la llave, que era como las demás; la metió en la cerradura, apretó un poco, y de repente se abrió la puerta. ¡Pero qué espectáculo se ofreció a su vista al entrar en la habitación.

En medio de ella había una fuente muy grande, manchada de sangre, en la que yacían mujeres despedazadas.

Se asustó de tal manera ante aquel espectáculo, que el huevo que tenía en la mano se le cayó en la fuente; lo sacó de nuevo y trató de enjugar la sangre, pero sin resultado; por más que le lavaba, no desaparecía la mancha.

Poco después el hombre volvió de su viaje, y las cosas primeras que pidió fueron la llave y el huevo.

La joven se las entregó temblando y el brujo comprendió en seguida, por las manchas encarnadas, que había entrado en el cuarto prohibido.

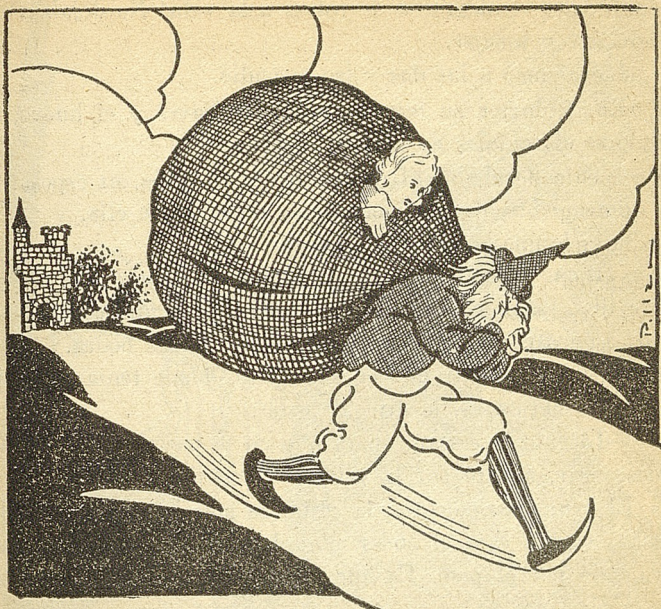
—Ya que contra mi voluntad has entrado en el aposento — dijo —, entrarás otra vez contra la tuya. Tus días han acabado.

La tiró al suelo, y agarrándola por los cabellos la arrastró hasta el cuarto, le cortó la cabeza, la despedazó, y con su roja sangre regó el suelo. Luego la arrojó con las demás a la fuente.

—Ahora iré por la segunda — dijo el brujo. Y se marchó de nuevo, disfrazado de mendigo, a pedir limosna a la casa.

La segunda hermana salió con un pedazo de pan, y el brujo la cogió como a la otra, sólo con tocarla.

Pero no le fué mejor que a su hermana; también cedió a su curiosidad, entró en el aposento, y al regreso del brujo tuvo que morir.



En seguida echó a correr y la llevó a su casa...

Entonces el brujo fué por la tercera; pero ésta era lista y astuta.

Después que al marcharse el brujo le dió las llaves y el huevo, guardó primero este último cuidadosamente; luego fué a ver toda la casa, y por último entró en el aposento prohibido.

¡Qué cuadro! Sus dos hermanas queridas estaban despedazadas en la fuente. Pero ella juntó todos los miembros y ajustó al cuerpo la cabeza, brazos y piernas. Y cuando ya no faltaba nada, empezaron a moverse los miembros, y se juntaron; las dos jóvenes abrieron los ojos, vivas y sanas otra vez.

¡Cuánto se alegraron de volver a la vida! No dejaban de acariciarse y besarse.

Luego sacó a las dos y las escondió.

El hombre, a su regreso, pidió las llaves y el huevo, y como no vió señales de sangre, dijo:

—Tú has sabido sufrir la prueba; tú serás mi esposa.

Pero el brujo había perdido su poder sobre ella, y tenía que hacer lo que la joven le mandara.

—Bien — contestó ella—; pero antes quiero que lles sobre tus espaldas a mi padre y a mi madre una cesta llena de oro, mientras yo preparo aquí todo para las bodas.

En seguida, entrando en su cuarto, donde tenía escondidas a sus hermanas, le dijo al brujo:

—Llévate la cesta, y para que no te pares en el camino a descansar, miraré por la ventana y estaré al cuidado.

El brujo, cargado con la cesta, se marchó; pero tanto le pesaba, que le caía el sudor por el rostro y temía morir-se abrumado por el peso. Es que, dentro de la cesta, iban las dos muchachas.

Entonces se sentaba para descansar un poco; pero una voz salida del cesto, gritó:

—Mirando por mi ventanita, veo que estás descansando. ¡Anda!

Creyendo que le hablaba su prometida, se puso en marcha, y otra vez que quiso sentarse, oyó gritar:

—Estoy mirando por mi ventana, y veo que descansas. ¡En marcha!

Y siempre que se paraba gritaban, y tenía que seguir andando, hasta que por fin llegó, con el oro y las dos jóvenes a casa de sus padres.

Entre tanto la prometida preparaba todo para las bodas. Cogió una calavera con dientes, la adornó y la llevó a



Sus dos hermanas queridas estaban despedazadas en la fuente

la guardilla, donde la colocó en la ventana.

Luego convidó a los amigos del brujo para las bodas, y después se metió en un cubo con miel, abrió el colchón de plumas de la cama y se revolvió en ellas, con lo que tomó el aspecto de un pájaro extraño, para que nadie pudiera conocerla.

Y saliendo de la casa, encontró a una parte de los convidados, que la preguntaron:

—Pájaro extraño, ¿de dónde vienes?

—Vengo de casa del brujo.

—¿Y qué hace allí la novia?

—Ha barrido la casa de arriba abajo, y está asomada a la ventana de la guardilla.

Luego encontró su prometido, que volvía a su casa, y éste la preguntó:

—Pájaro extraño, ¿de dónde vienes?

—Vengo de casa del brujo.

—¿Qué hace allí la novia?

—Ha barrido la casa de arriba abajo, y está asomada a la ventana.

El prometido, mirando hacia arriba, vió la calavera adornada, y creyendo que era su prometida, la saludó. Pero al entrar en su casa con todos los convidados, llegó la fuerza armada que habían mandado las hermanas.

Cerraron todas las puertas de la casa para que nadie se escapase, y la prendieron fuego, de manera que el brujo murió asado con toda su comitiva.

Como el oro no se evapora, de entre las ruinas de la casa se sacó lo suficiente para enriquecer a todo el pueblo, y no hay qué decir que la familia de las tres niñas fué la que quedó más rica, y que todas ellas hicieron excelentes casamientos.

EL FANTASMA

Por
J. CHRISTIE M.

Quiscoso



Quiscoso fracasa ante un hombre que no le teme a los fantasmas.

LA ENVIDIA

Era el Príncipe Luis un hermoso muchacho de once años, amable, listo y cariñoso, de tal suerte que todos en la corte se hicieron lenguas de aquellas sus raras cualidades, que se convertían en una legítima esperanza de su patria.

Mecieron su cuna las hadas más benéficas, que le otorgaron los más preciados dones: la belleza, el talento, la discreción y la prudencia. Una de ellas, la maga Terlina, la del dulce mirar y cabellos de oro, poniendo sus manos sobre la hermosa cabeza del Príncipe dejó escapar de sus rosados dedos un efluvio azulado que, penetrando en el augusto niño, le infundió uno de esos hermosos sueños de color de cielo que hacen de esos dulces momentos de reposo un paréntesis de aventura, que convierten la vida en un anticipado paraíso.

Creció el Príncipe entre los cuidados solícitos de sus ayos y de sus maestros, y en poco tiempo superó a cuanto de él pudiera esperarse. Tenía el Príncipe cuatro hermanas mayores que él, y tan ruines de corazón, que miraron con envidia a su hermano porque su nacimiento les privaba de heredar la corona de su padre, y tanto arraigo tomó en ellas tan vil pasión, que decidieron matarle. Para conseguir su criminal propósito, salieron una tarde al monte inmediato a palacio, y allí buscaron la cabaña de una vieja hechicera.

—¿A qué venís, Princesitas? — preguntó la vieja.

—Yo quiero ser Reina — dijo la mayor.

—Y yo Princesa — dijo la segunda.

—Vamos — exclamó la bruja—, queréis que muera vuestro hermano.



Mecieron su cuna las hadas más generosas

—Sí — contestaron las cuatro.

La bruja trazó un círculo en el suelo, encendió unas hierbas secas que despidieron una agradable fragancia, pronunció unas palabras misteriosas, y apareció una hermosa mujer de ojos azules, vestida de rosas, con una hoz de plata en una mano y en la otra un haz de espigas de dorados reflejos.

—Yo soy la Primavera — dijo —: ¿qué quieres de mí?

—Que muera el Príncipe Luis — le contestó la bruja.

—¿Cómo he de matar yo, que doy vida? Visto los campos de verdura, doy hojas y flores a los árboles, espigas a las mieses, trino al ruiseñor y esperanza a los corazones: ¿cómo matar al protegido de las hadas?

—No me sirves. Vete.

Hizo otros signos la bruja: desapareció la Primavera y apareció el Verano, representado por otra hermosa joven de moreno rostro y ojos negros que brillaban como el sol, llevando en las manos los hermosos frutos de la naturaleza.

—No te serviré — exclamó —: yo sazono los frutos y los entendimientos; mi calor templó los corazones y, por tanto no puedo matar al predilecto de las hadas.

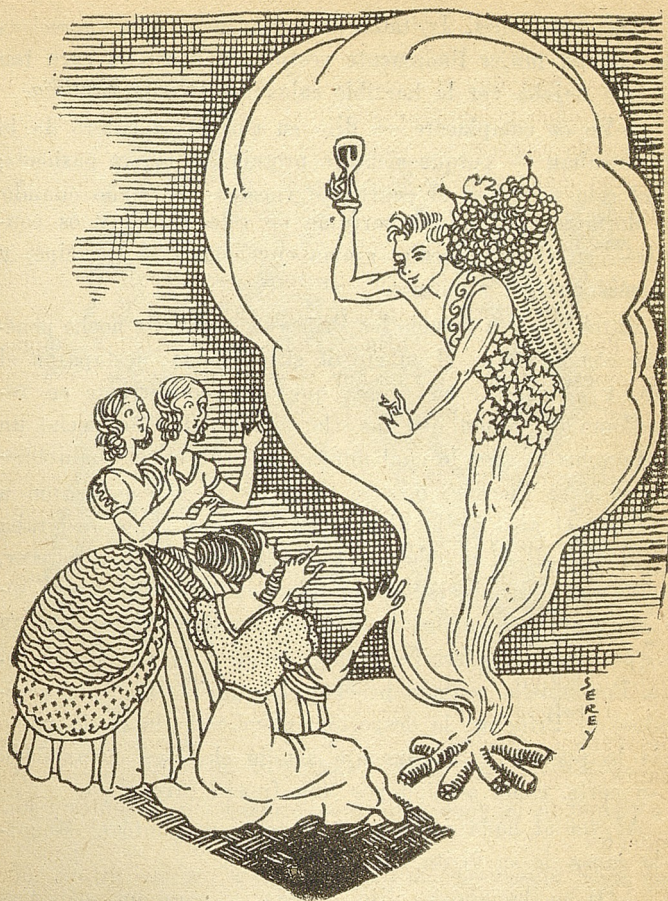
Y saludando con ironía a la bruja y a las Princesas, desapareció. Apareció después el otoño, coronado de pámpanos y estrujando en una copa de oro un racimo de uvas.

Cuando la vieja le hizo la proposición le contestó lo siguiente:

—Mi único veneno es el vino, y ¡es tan difícil morir de una borrachera!

Y desapareció. Se presentó el Invierno tiritando envuelto en un pesado capuchón de pieles; un frío glacial se desprendía de su persona, dejando medio heladas a las Princesas. El gato de la casa estornudó y todos se constiparon.

—Daos prisa — dijo el Invierno, sin cesar de moverse



--Mi único veneno es el vino, y ¡es tan difícil morir de una borrachera!

para entrar en calor—. ¿Qué queréis? ¿Que muera el Príncipe? Pues no contéis conmigo.

Y sacudiéndose el abrigo lleno de nieve, marchóse con

las otras estaciones. Irritada la bruja, hizo que apareciera una extraña mujer lindamente vestida, más con la cara tan seca que dejaba ver la horrible calavera. Era la *Envidia*.

—Yo os complaceré — dijo en cuanto se enteró de lo que deseaban — porque siempre protejo las malas pasiones; entrad esta noche en el cuarto de vuestro hermano cuando esté dormido, aspirad el perfume de este pomo, y os convertiréis en flores. Vuestro aroma envenenará al Príncipe, y lograréis vuestro propósito.

Marcháronse a palacio las Princesas y aquella noche penetraron con sigilo en el cuarto de su hermano; destaparon el pomo, y al aspirar su aroma quedaron convertidas en rosas. Como es sabido que las flores despiden de noche un aliento venenoso por lo cual nunca se tienen en las habitaciones donde se duerme, poco a poco las rosas comenzaron a envenenar el aire de la alcoba del Príncipe. Este respiraba ya con dificultad, y todo hacía presagiar que iba a perecer, cuando una mano invisible abrió la ventana y un suave soplo ahuyentó los vapores maléficos, sustituyéndolos con un sano perfume que deshizo en un momento la acción del veneno. Por aquella ventana penetró el hada Terlina, que, acercándose al Príncipe, le despertó, extendiendo luego la mano hacia la puerta, y al momento acudió el Rey, acompañado de su corte, como atraído por una fuerza misteriosa.

Al ver al hada junto al muchacho, preguntó el Monarca la causa de su visita.

—Os he llamado — dijo el hada — para que seáis testigo de un acto de justicia. Unas personas de la corte, aconsejadas por la *Envidia*, han querido matar al Príncipe. ¿Qué castigo merecen?

—La muerte — exclamarón todos.

—Pues bien, las Princesas han sido las culpables, ved



Aquí estaban las princesas, convertidas en flores....

Estas flores, cuyas emanaciones envenenaban al heredero de la corona.

Al decir esto extendió la mano, pronunció unas palabras y las Princesas dejaron de ser flores para adquirir su forma verdadera.

Después se cumplió la sentencia del rey.

EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — Casilla 63-D.

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se darán buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 23 de septiembre.

El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrán más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que
mejor colore los 16 cuadros de la
Página del Concurso.

PAGINA DEL CONCURSO

(CUADRO N.º 13)



Póngale color y envíe este cuadro, con su nombre y dirección a esta revista

¡Papito!...



... mi abuelito tiene la culpa de que te duela la vista, porque no te hizo estudiar con buena luz cuando eras chico ...

YO NO QUIERO QUE ME PASE LO MISMO!

*Tienes razón, hijito; pediré a la
CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.
un estudio de la intensidad luminosa que se debe
emplear en nuestro hogar.*